

“Paréntesis” (1882), cuento parisiense de Manuel Gutiérrez Nájera

Se conoce a Manuel Gutiérrez Nájera como poeta, cuentista, articulista y ensayista; del novelista solamente se sabía de tres piezas que Erwin K. Mapes publicó en su edición de *Cuentos completos* (1958) bajo el rubro de “Fragmentos de novela”. Estas piezas son: “Un drama en la sombra. Prólogo” (1877), “La mancha de Lady Macbeth” (1889) y “Monólogo de Magda. (Fragmento de una novela)” (1890).¹ El reciente hallazgo de su novela *Por donde se sube al cielo*² me permite presentar a Gutiérrez Nájera como el primer novelista del modernismo y como el iniciador del “cuento parisiense” en Hispanoamérica.³

Por donde se sube al cielo incluye en su versión original, como capítulo VI (*El Noticioso* 137, 139 (1882): 1-4, 1), el relato “Paréntesis”, que ahora presento. Este cuento no participa de la secuencia en las acciones ni responde a las necesidades estructu-

¹ Este último texto es, efectivamente, un fragmento de *Por donde se sube al cielo*, publicado ocho años después por Gutiérrez Nájera de manera independiente.

² Apareció publicada en el folletín del periódico *El Noticioso*, de junio a octubre de 1882. La edición de esta novela está próxima a salir como publicación del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas, de la UNAM, bajo el título: Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras XII. Narrativa II. Por donde se sube al cielo* (1882), Ed. Ana Elena Díaz Alejo, Introd., notas e índices de Belem Clark de Lara.

³ Hasta nuestros días, *Amistad funesta* (1885), de José Martí, había recibido el título de “primera novela modernista”; ahora, no sólo por cronología, sino por los elementos que la integran, esa novela ha pasado a segundo término.

rales o de tensión emocional de la narración, sino que, por el contrario, rompe totalmente con su temática, y tenemos que considerarlo como un texto independiente.

Su importancia radica en que, como toda la novela, está ubicado y ambientado en París, con lo cual Gutiérrez Nájera resulta ser el primer autor hispanoamericano que localiza en la Ciudad Luz el suceso de una obra⁴ y en su reivindicación del intelectual, típica de las novelas del modernismo.⁵ Congruente con su época, el protagonista del cuento najeriano se manifiesta contra el círculo materialista y positivista en el cual vive, aunque su desencanto con el mundo que lo rodea no cuaja en una franca posición de compromiso intelectual. En este personaje vive ya el germen del artista consciente de su sitio en la sociedad, tema abundantemente tratado por los modernistas posteriores.

BELEM CLARK DE LARA

Instituto de Investigaciones Filológicas

⁴ "Rubén Darío reclamaba para sí el haber introducido en las letras españolas lo que él llamaba el "cuento parisién", y no estaba exento de razón, pero en alguno de los *Cuentos frágiles* (1883) de Gutiérrez Nájera, estaba en crisálida esa misma tendencia, aunque esos cuentos no tuvieran a París por escenario" (Henríquez Ureña 67).

⁵ Hasta 1882 el intelectual no había aparecido en las novelas como personaje en posición de denuncia o de crítica de su propia situación en la sociedad; en las primeras novelas de este movimiento, el artista siente una profunda insatisfacción vital que, en pleno modernismo, se traducirá en una franca posición de compromiso para la realización de su revaloración social. Como en *Amistad funesta* y *De sobremesa* (1896), de José Asunción Silva, novelas iniciales del modernismo, el protagonista de "Paréntesis" "sólo aspira a subrayar [...] el marcado aislamiento y la impotencia de ese intelectual ante los grandes movimientos políticos y sociales de su momento. Como Juan Jerez, José Fernández, en *De sobremesa* se encuentra cautivo en un mundo caótico y —por decirlo así—, «femenino», repleto de sensaciones y fenómenos que Fernández percibe intensamente, pero que es incapaz de organizar en un sistema coherente que le permita pasar a la acción" (González 38).

Paréntesis

Un cepillo de mesa fue el culpable. Ya ustedes lo conocen..., un cepillo de crin blanca, lomo y mango de marfil, en forma de hoz o sable turco, con el que, al fin de las comidas, antes de los postres, la doncella, y algunas veces la “señora” o la “señorita” de la casa, barre las migajas de pan que han quedado cerca de cada convidado, dando vuelta a la mesa.

Pues bien, él fue quien me perdió.

Yo no pensaba en casarme.

A los veintiocho años, ¿no es verdad?, tenía tiempo sobrado para pensar en ello. Mi jefe de oficina —hombre excelente que imitaba mi firma en el registro de entradas cuando se me hacía tarde—, me había dicho muchas veces:

“En lugar de usted, no me casaría... No porque esté yo separado de mi mujer desde hace diez años y porque haya tenido ya tres procesos por denegación de paternidad digo a usted esto, no... pero, en lugar de usted, no me casaría.” Y luego que yo había leído en las *Máximas* de La Rochefoucauld este pensamiento, cuya profundidad toda hasta hoy conozco y que por instinto admiraba ya: “Hay matrimonios buenos; no los hay deliciosos”.

Por otra parte, era yo perfectamente feliz y había arreglado a las mil maravillas mi pequeña existencia de célibe.

Estaba en esa época —como lo estoy todavía hoy— empleado en una administración pública. ¡Dos mil duros de sueldo y la gratificación es muy bonito a los veintiocho años! La oficina a la cual pertenecía yo (oficina de las *morgues* y de los anfiteatros) y el “detalle” de que estaba encargado de la repartición de los cuerpos en las salas de disección, no era, como usted comprenderá, cualquier cosa, y tenía ante la vista, todo el día, seis cartones verdes sobre los cuales, con una cañita, había escrito con hermosa letra redonda: *Empleo de los cadáveres*. Pero yo conocía a fondo mi especialidad; despachaba mi tarea con prontitud, en una o dos horas, y mataba el resto de la sesión en adivinar los jeroglíficos del *Mundo Ilustrado*. Me había puesto muy fuerte en esa ciencia; enviaba la solución y tenía la pequeña gloria de leer mi nombre en el periódico entre “El Círculo Militar de Sanegunines” y “Los parroquianos del Café de Europa en Pithiviers”.

Por otra parte, el tiempo que pasaba en el ministerio era el sacrificio que hacía al pan cotidiano. Mi verdadera vida comenzaba a las cuatro, cuando después de haberme lavado las manos y haber colgado de la *patère* mi viejo saco de alpaca del que me servía en la oficina,

me iba con un paso regulado por el ruido de mi bastón, hacia mi lejano barrio, tomando el *Boulevard* de los Inválidos y el *Boulevard* Montparnasse.

Las tardes de estío, sobre todo, era ese viaje encantador. El sol oblicuo, el sol de "la hora del efecto" —como dicen los pintores—, doraba los viejos árboles que cortaron durante ese horrible Sitio y reemplazaron con plátanos insignificantes que tienen al pie un cerco de hierro colado, que parece uno de esos limpiacalzados que se colocan abajo de las escaleras. Los árboles de entonces eran viejos olmos, viejos tilos, viejos castaños crecidos lentamente en plena tierra desde Luis XIV, datando de la antigua Francia, en que se tenía paciencia, en que agradaba lo sólido, en que se consagraba todo el tiempo que se necesitaba para plantar un árbol o una institución. Hacía bien el andar bajo sus robustas ramas, bajo su follaje espeso, que el sol poniente atravesaba con sus cálidas chispas. Delante de la estación del Oeste, ¡alto!... El criado me había reservado mi mesa cerca de la ventana, en el entresuelo del pequeño *restaurant*, y comía yo lentamente, divirtiéndome en mirar entre las bocanadas de gente, arrojadas por los trenes de Versalles, a los dos artilleros, muy semejantes uno a otro, con un plumero rojo en el *shako*, pesados con sus pantalones de gamuza y sosteniendo con la mano la vaina de su sable; las parejas de enamorados, muy cansados, trayendo grandes ramos de flores del campo, y el viejo botánico de barba gris enmarañada, con polainas empolvadas y sombrero de paja y golpeando en su espalda la caja verde. Por la noche iba yo a tomar mi *media-taza* al fresco, delante de un café; luego, las más de las veces, me retiraba a casa.

¿Quién será el que hoy habita mi cuarto alto de la calle de Assas? Algún filisteo, tal vez, que habrá deshonrado las paredes clavando en ellas retratos de hombres políticos en *chrome*. En un tiempo era un cuarto de pobre, ¡pardiez!, pero amueblado a mi antojo; el cuarto de un sedentario, de un "intimista" que guardaba el recuerdo de un sueño en cada flor de su papel. Allí tenía yo mi flauta, mi pipa, una buena alfombra, un gran sillón de respaldo tendido, muy cómodo para soñar y para leer a un lado del fuego; sobre una tabla los libros que sé de memoria: los escépticos sin ferocidad, Montaigne y La Fontaine, y, para las horas de enternecimiento, al querido Dickens, y, a derecha e izquierda del espejo, mis bellas pruebas del *Acostar de la casada* y *Casualidades felices del columpio*.

En el estío, el despertar era exquisito; andaba de un lado a otro del cuarto, en mangas de camisa, fumando mi primera pipa, cuyo humo volaba en un rubio rayo de sol, y por la *ventana grande, abierta*, veía

el océano de verdura del Luxemburgo, las cúpulas del Panteón y del Valle de Gracia, cielo, mucho cielo; y las graciosas golondrinas pasaban y volvían a pasar continuamente muy cerca de mí, lanzándome su pequeño *cuik*, que parecía que me daban los buenos días. Pero las noches eran aún más suaves: las noches de estrellas, cuando después de haber leído dos o tres buenas páginas, tocado algo de Mozart en mi flauta, me ponía de codos delante de los esplendores del Zodíaco, escuchando los jirones de los valsos de Bullier que el viento de la noche en bocanadas me traía.

Sí, faltaban las mujeres, ¿no es verdad? No había faldas en mi vida, es cierto, y bastantes tenía yo con las modistas a quienes se espera a la salida del almacén, a quienes se acompaña escuchando sus novelas, entrecortadas por: “¡De seguro!” y por: “¡Ahí es mucha verdad!”, y que se abotonan los botines sirviéndose de una horquilla. Esto fue justamente lo que tuve la imprudencia de contar a un compañero (debiera yo haber desconfiado de ese badulaque, hombre práctico que había aprendido la zapatería como arte de entretenimiento, por espíritu de economía, y que *se hacía* él mismo sus zapatos, en la oficina, en sus ratos perdidos). Me dijo, desde luego:

—Tengo lo que a usted hace falta... Treinta mil francos y esperanzas... La madre tiene los labios color de violeta; morirá del corazón...

No estaba yo decidido, me rebelaba... ¡Bah! Al cabo de quince días estaba ya comprometido: había aceptado una invitación para comer con la familia de la joven.

El cepillo de mesa hizo lo demás.

Era el momento de los postres. La comida había sido muy amable, muy cordial. Aun cuando llevaba la fotografía de su marido en un alfiler sobre el pecho, la mamá tenía aire de ser una excelente mujer; y aunque un poco solemne, y habiendo hablado, desde el potaje, de la conducta que la Francia debía observar hacia la Rusia, el padre no me desagradaba, con su gorro griego y su cabeza de modelo, de barba blanca, que sirve tan bien para ser los “Moisés” y los “Padre Eterno”. Yo había comido bien, muy bien. El asado estaba evidentemente hecho con leña, y había un borgoña muy bueno, que olía a violeta. Se ensanchaba mi ánimo a los postres, los postres de invierno en casa de los buenos burgueses: un pastelillo, macarrones, manzanas arrugadas, naranjas y castañas calientes bajo una servilleta. Entonces fue cuando la señorita, a una seña de su madre, tomó una canastilla y el cepillo en forma de *yatagan* para recoger las migajas de pan esparcidas en rededor de cada cubierto.

No son ustedes de mármol, ¿no es verdad? Ni yo tampoco, y cuan-

do esa esbelta morena, de mejillas color de manzana, se inclinó cerca de mí para cepillar el mantel, rozando mi hombro con la redondez de su corpiño y embriagándome con el fino perfume de sus cabellos empomados, dije (también tuvo la culpa el vino de Borgoña), dije para mis adentros: "La pediré".

Pues bien, lo hice; hace diez años que lo hice, y fui bien acogido, y soy el más desgraciado de los hombres.

Adiós jeroglíficos del *Mundo Ilustrado*. Ahora me sumerjo hasta el codo en mis repugnantes papeles; profundizo la cuestión de las *morgues*, "azadono" los anfiteatros. Eso me desagrada, me disgusta, pero ya tengo tres hijos y no soy todavía sino subjefe con cinco mil francos. Para aparecer a los ojos de mis superiores como hombre muy fuerte, como especialista, he publicado algunos opúsculos cuyos solos títulos me causan horror: *Las morgues, lo que han sido, lo que son, lo que deben ser*, un tomo en 18º, o bien: *Del peligro de las inhumaciones precipitadas*, un folleto en 8º, y preparo en este momento un voluminoso informe sobre *Los cementerios suburbanos y el transporte de los cuerpos por las vías férreas, tanto bajo el punto de vista de la decencia como bajo el de la higiene pública*. ¡Yo, antiguo flautista! ¡Yo, que en otro tiempo he rimado sonetos!

Pobre flauta mía, cómo pienso en ella, en mi flauta de granadilla! Hace mucho tiempo que no sale de su estuche, como tampoco mi buena pipa de espuma, de hormilla, afianzada por una pata de águila. La música y el soñar, bueno es eso para los célibes.

Están lejos los gratos paseos después del trabajo de la oficina. Ahora tomo muy pronto el tranvía, para volver a entrar en el barrio espantoso en que ha querido mi esposa permanecer, para estar más cerca de sus padres. Habito allí un entresuelo desolador, bajo de techo, desde donde puedo ver, cuando me rasuro por la mañana, delante de la ventana, un obrador de demolición, y más lejos, el perfil de una casa de seis pisos, toda pintarrajeada, con un gigantesco diablo verde, que sacude fuera de un cuerno de la abundancia el chaleco, el pantalón y el saco de un vestido completo de diecisiete francos.

¡Dios mío!, no tengo de qué quejarme de mi mujer: es una criatura muy buena, salvo que quiere a sus hijos, no como una madre, sino como una gallina, y los mima horriblemente. Solamente que jamás me acostumbraré a su desorden (¿es soportable para un hombre nervioso —pregunto a ustedes— hallar, como me sucede todos los días, zapatos de niño muy mojados sobre los morillos de la chimenea y una mantilla que se seca sobre el guardafuego?), y no comprenderé jamás por

qué se obstina en tener a esa doncella que muestra una *mancha de vino* en el semblante y cuyo aspecto destierra mi apetito.

Mi suegra también sería soportable. Esa desventurada ilota, aterro-
rizada absolutamente por las gruesas cejas y las barbas blancas de su
viejo esposo, no le habla sino de esta manera que concilia el respeto y
la ternura: “—Señor Dubu, pásame el bote de la mostaza... ¿Señor
Dubu, quieres más potaje?” Pero él, Dubu, es quien ha envenenado mi
existencia. Es un odioso burgués, un tirano doméstico. Adocenado y
pretensioso, abusa de su fisonomía austera y venerable para dar a to-
das sus palabras la autoridad amarga de una lección, y me inflige sus
teorías imbéciles sobre el progreso, el arte utilitario, los beneficios de
la instrucción: todas las habladurías de los periódicos. Su cabeza de
patriarca, que se asemeja a un busto de jabón, me irrita hasta tal pun-
to, por su expresión de insoportable tontera, que cuando mi suegro me
habla de las usurpaciones del *clericalismo*, me entran deseos de apun-
tarme en una peregrinación de [Lourdes],⁶ y cuando preconiza las le-
gítimas conquistas de la burguesía, que nunca deja de llamar “la aris-
tocracia del trabajo”, me siento dispuesto a ponerme un cinturón rojo
y un kepi con diez galones y a colocarme al frente de una banda de
petroleros. Muy mezquino y muy duro en negocios, reclama la solu-
ción de las cuestiones sociales, declara a la caridad degradante para el
pueblo y rehúsa dos céntimos a un pobre bajo el pretexto de que los
mendigos se forman enfermedades artificiales, y que una noche se le
acercó una mujer haraposa que se había hecho un falso chiquillo con
un montón de trapos.

Como tuve la imprudencia, al entrar en familia, de abandonarme a
un hombre terrible que pretendía conseguir todo más barato y de me-
jor calidad de lo que yo hubiera podido hacerlo, habito en la infancia
de terciopelo encarnado y de la caoba, y el reloj de mi salón —¡oh,
mi precioso cuquito de la Selva Negra que daba tan alegremente las
horas de libertad en mi cuarto de la calle de Assas!—,⁷ el reloj de mi
salón es un espantoso pedazo de mármol color de queso de Italia.

⁶El original, *Londres*.

⁷La industria casera de relojes de la Selva Negra, en Alemania, se caracterizaba por una máquina cuyo armazón y platinas eran de madera; una esfera representaba, por lo general, escenas campestres y un péndulo y pesas con sus típicas cadenas de metal. Complementaban la citada industria los clásicos relojes de *cucú*, que actualmente se adquieren como curiosidad. A partir de 1870 hubo un cambio en la producción de la Selva Negra: el fabricante Arturo Junghans ideó la introducción del sistema americano en la fabricación alemana.

Hace mucho tiempo que mis galantes y amables grabados —según Baudouin y Fragonard—⁸ fueron relegados como indecentes a un corredor negro, y fúnebres imágenes —según Delaroche—, regalo de mi suegro (Jane Grey ante el tajo fatal, cerca del verdugo que llora, y Lord Strafford pasando su mano a través de los barrotes de su prisión), entristecen en marcos escandalosos las paredes de mi habitación.⁹

El año pasado, el día del santo de mi esposa, tuve que enojarme contra Dubu, que amenazaba adornar mi morada con una espantosa escena de la Inquisición con tribunal de monjes, verdugos con casulla y una víctima toda desnuda que se retuerce sobre los carbones encendidos. Mis noches no son ya tan buenas: cuando tomo en la comida algún alimento refractario, Jane Grey y Lord Strafford me persiguen en mis pesadillas, y sueño que me veo obligado a cortar la cabeza a mi mujer, o que me arrodillo delante de un respiradero por el cual mi suegro me tiende su mano para que se la bese.

El miserable ha comenzado a vengarse cruelmente de mi repulsa, colgando en la cámara de su hija, nuestra cámara nupcial, la ampliación de su propia fotografía, de él, de Dubu, revestido con sus insignias de francmasón.

¡He ahí mi vida! Todo eso porque la sangre se me subió a la cabeza en el momento en que Ágata —se llama Ágata mi mujer— recogió las migajas de pan que habían quedado sobre el mantel; y como para revivir sin cesar mis pesares, todos los domingos, por la noche, después de la comida en casa de mis suegros, cuando están servidos los postres, y cuando pienso, vagamente fascinado por la barba de modelo de mi suegro, en el fastidio de la vuelta, en la noche lluviosa, en los niños muy pesados de llevar, en las interminables esperas en las estaciones del ómnibus, mi mujer hace, como en otro tiempo, el aseo de la mesa, y, creyendo traer a mi memoria un tierno recuerdo, me

⁸Tanto los *gouaches* como los dibujos de Pierre-Antoine Baudouin (1723-1769) y las obras de Jean Honoré Fragonard (1732-1806), llegaron a un gran público a través de los grabados realizados por Jean-Michel Moreau (1741-1814) y Pierre-Philippe Choffard (1730-1809), entre otros.

⁹Lady Jean Grey (1537-1554), reina de Inglaterra, bisnieta de Enrique VII, se casó con lord Guildford Dudley, quien la hizo proclamar reina el 10 de julio de 1553; nueve días después ocupó el trono María Tudor; la reina Jean y su esposo, acusados de alta traición, murieron en el cadalso el 12 de febrero del siguiente año. Hippolyte Paul Delaroche (1797-1859) plasma el suceso en su obra *El suplicio de Jean Grey*, Salón de 1834. Thomas Wentworth Strafford (1593-1641), acusado de traición, ingresó a la Torre de Londres y fue decapitado. Posteriormente, Carlos II rehabilitó su memoria.

muestra sonriendo el cepillo de mesa, cuya forma curva me hace tristemente pensar en el último cuarto de nuestra luna de miel, ha tanto tiempo desaparecido.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

HENRÍQUEZ UREÑA, MAX. *Breve historia del modernismo*. 2ª reimpr. México: FCE, 1987.

GONZÁLEZ, ANÍBAL. *La novela modernista en Hispanoamérica*. Madrid: Gredos, 1987.